



la página de SERGIO VODANOVIC

DURANTE la última guerra mundial los cines del mundo occidental fueron invadidos por películas de temas bélicos. Todos estábamos convencidos de que se estaba jugando el destino de una civilización, que la lucha contra el fascismo era la primera y única obligación y preocupación de ese momento histórico. Después vendría la paz, esa guerra sería la última guerra, la justicia se impondría, el fanatismo sería destruido.

Y el cine, dando testimonio de esos

podríamos seguir disfrutando de la libertad y la tolerancia.

Vino la paz. En los campos de batalla, al igual que en las películas, los buenos vencieron.

Pero a poco de correr los años, el cine nos fue presentando una visión revisada de la guerra. Con asombro vimos que los héroes no lo eran tanto y que los villanos también tenían su corazóncito. Y, de pronto, aquellos que aparecían antes como los aliados leales, se convertían en los agentes del mal.

HAGO estos recuerdos, porque no es posible volver a insistir en una deformación de la realidad, motivada por la propaganda. La guerra es la guerra y ella no puede justificarse. En nuestros tiempos, los medios de comunicación masivos se han intensificado en forma tal, que si bien es posible una mistificación en mayor escala, también resulta más difícil que la gente comulgue con ruedas de carreta.

Hoy, independiente de todas las razones políticas que por cierto existen y son de peso, la guerra del Vietnam es repudiable éticamente. En Estados Unidos existe un vigoroso movimiento en contra de la guerra y ese sentimiento produjo la caída del Presidente Johnson. La disparidad de fuerzas, los medios usados, la corrupción que nadie oculta del Gobierno de Saigón, son elementos demasiado conocidos para que se pueda, a través del cine, pretender dar una visión rosada de lo que carece de justificación.

Y, sin embargo, he visto, como la habrán visto muchos santiaguinos, una sinopsis de una película en que el escenario es Vietnam, sus heroicos protagonistas, los invasores de boina verde y los villanos, un pueblo que ejemplarmente lucha por su supervivencia.

Y yo protesto por la sinopsis, porque no iré a ver la película.

Es cierto que se me podrá decir que hablo "por boca de ganso", que caigo en el mismo pecado de aquellos que escribieron decenas de cartas a la prensa protestando porque se estaba rodando una película chilena cuyo protagonista era el bandolero Eloy. Juzgando antes de conocer el cuerpo del delito.

Pero en este caso basta con tener noticias de lo que sucede en el Vietnam, se precisa sólo conocer la denuncia de los intelectuales norteamericanos y de su juventud, para sentir el rechazo inmediato a todo intento de maquillar una realidad dolorosa de nuestros días.

El cine puede ser vehículo de cultura, forma de entretención, medio de evasión de la realidad, documento o simplemente refugio para nuestro hastío.

Lo que no debe ser es propaganda.

Y si hubo un tiempo en que la aceptamos, porque creímos que del resultado de una guerra dependía la sobrevivencia de nuestros valores y nuestra cultura, ahora, con esta guerra actual, que nos duele y nos rebela, es diferente.

Esta guerra "no es de película".

ESTA GUERRA "NO ES DE PELICULA"



sentimientos y anhelos, nos mostraba una guerra heroica —que en la realidad no era tanto— con buenos que hablaban inglés, francés y ruso y villanos que llevaban en el brazo la cruz gamada y que hablaban alemán.

El esquema parecía claro y así como una generación vibró con las aventuras del jovencito bueno de las películas del Oeste en su infatigable lucha contra los indios y los bandoleros, esta otra que vivía en diferentes grados de proximidad la experiencia de una guerra mundial, se emocionó con los esfuerzos de estos héroes que el écran cinematográfico nos mostraba y que estaban dispuestos a dar sus vidas para que

El espectador cinematográfico con buena memoria principió a sospechar. Comprendió que, buena o mala, la causa que se le había presentado en el cine era fruto de la propaganda. Que había sido manipulado, que se le había inducido a sentir emociones y sentimientos que con el tiempo se pretendía también que los cambiara. Porque luego le llegaron a él las películas antibélicas, que denunciaban los horrores sin discriminación de banderas que habían cometido los combatientes y después aparecieron las películas antisoviéticas, donde los que un lustro antes eran héroes se convertían en despiadados criminales.

El juego estaba a la vista.